

fervor en la devoción á la Virgen de la Saleta. No debo omitir tampoco, que para asegurarnos la protección de María es necesario, que á las palabras acompañe la reforma del corazón. El fin que se propuso la Virgen al aparecerse en la Saleta fué el vernos corregidos y enmendados, y nosotros, para serle gratos, debemos enmendarnos y corregirnos. Hagamos que nuestros afectos, en vez de manchados y contagiados por el impuro amor de las cosas terrenas, se dirijan á caminar por los rectos senderos de la eterna salvación, y María, no nos protegerá con especial benevolencia. Pues, aunque en este caso, nos faltarán tentaciones que procuren desviarnos y llevarnos al camino de la perdición, hallaremos refugio agrupándonos á los piés de nuestra Madre, escondiéndonos bajo la sombra protectora de su manto, como bajo las alas de su madre se agrupan los tímidos pajarillos al divisar en los aires al rapaz gavilán. Animo pues, hermanos míos, ánimo, resueltos como estamos á alistarnos bajo las banderas de aquella Reina, que por nuestro bien se apareció en la Saleta. Declarémonos hoy todos por siervos suyos, por devotos suyos, por hijos suyos; alcemos nuestra voz, y digámosle desde lo más íntimo de nuestro corazón:

Escuchadnos ¡oh María! que aquí estamos todos, y todos somos hijos vuestros, indignos por nuestras culpas de vuestro amor, no tendríamos esperanza de conseguirla, si no supiésemos que sois bondadosísima y clementísima hasta con los ingratos. Por este motivo renace la confianza en nuestros corazones, y á Vos nos presentamos, pidiéndoos vuestro piadoso auxilio y vuestra maternal bendición. Vos, guía y salvación de tantos desgraciados; Vos, benéfica consoladora de tantos afligidos; Vos, esperanza y vida nuestra; Vos, asistencia nuestra en todos nuestros peligros; defendednos contra todos nuestros enemigos, ayudadnos en la hora de la muerte, libradnos de las llamas del eterno fuego, y no nos abandoneis hasta tanto que no háyamos sido introducidos en la gloria del Paraíso, que á todos os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD.

Exestimabat... quod Deus per manum ipsius daret salutem illis.
 Estaba persuadido de que, por su medio, les había de dar Dios salud.

(Act. VII, 25.)

La solemne festividad, con la cual celebramos hoy á María Santísima con tanta pompa religiosa, no puede ménos de ser carísima á todos los corazones devotos suyos. Porque, si bien bellas son todas las fiestas con las cuales, bajo diferentes títulos, todos conmovedores, consolativos y afectuosos, suele el pueblo cristiano venerar á la augusta Madre de Dios, ¿cuál otro podría serle más grato ni mejor disponerla á nuestro favor como el de Nuestra Señora de la Salud, con el que en este día la saludamos? Indudablemente, muchas son las enfermedades que trabajan á los hombres, cualesquier que sea el estado y condición en que se hallen; la propensión á los placeres sensibles, la avidez de goces materiales, ofuscan de tal modo el entendimiento, comprometen de tal manera la salud del alma y del cuerpo, que desfallecida la esperanza de encontrar un remedio eficaz y poderosísimo en los medios humanos, no queda al fin otro recurso, que levantar los ojos al Cielo é invocar el patrocinio de María. He aquí porqué, convencidos de esa verdad y del poder de su Madre, nuestros abuelos instituyeron esta festividad, impulsados por un sentimiento tan piadoso como laudabilísimo. Impulsados por un sentimiento piadoso, porque en la lucha continua contra tantos y tantos enemigos coligados en perjuicio nuestro, halláronse necesitados de socorro; impulsados por un sentimiento laudabilísimo, porque pidieran la salud á Aquella de quien podían obtenerla.

Este mismo pensamiento, hermanos míos, debe animarnos á imitar el ejemplo de los que nos precedieron en esta vida, y hoy yacen

en los sepulcros; este mismo sentimiento debe movernos á confiar en el patrocinio de María en medio de las calamidades espirituales y corporales, públicas y privadas que por dó quiera nos circundan. Porque si ellos, harto más piadosos que nosotros, invocando con unánime acuerdo á María como Madre de la Salud, nos legaron eficaz enseñanza y gallardo estímulo para venerarla bajo esta advocacion, nosotros, al venerarla con el mismo título, podemos confiadamente esperar las mismas gracias que nuestros antepasados con tanta abundancia experimentaron. Si al reuniros en este sagrado recinto os ha movido el deseo de conocer claramente, cuán bien cuadra á María el título de Madre de la Salud, y cuán razonable y fundada es, por lo mismo, la confianza de los que bajo este título la invocan, yo he subido á esta cátedra de la verdad para satisfacer un tanto vuestro deseo. Hé aquí porque, al proponerme demostraros brevemente las razones más culminantes por las que María debe ser reconocida como Madre de la Salud, me lisonjeo de que, con filial confianza, os proponéis estrecharos más y más en torno de su altar y esperar todo de su maternal proteccion. Yo os aseguro, que jamás motivo más dulce ni argumento más caro me han traído á la cátedra del Espíritu Santo. Imploremos, pues, la asistencia de la misma Virgen santísima, saludándola con el ángel. *A. M.*

Si digo, que María es la Madre de la Salud, no quiero decir que toda salud no nos venga de Jesucristo, sinó que Jesucristo nos ha venido de María. Observad, hermanos míos, cuanta parte tuvo María en todos los misterios, por los cuales el Salvador obró nuestra salud. Jesucristo, el Verbo eterno, se hace carne; pero, esta carne la toma de María; nace niño, pero nace de María; es colocado en el pesebre, pero por las manos de María; es adorado de los pastores y de los Magos, pero sostenido por los brazos de María; es conducido al Templo y ofrecido á Dios, pero por medio de María; se salvará de la persecucion de Herodes, pero huyendo á Egipto conducido por María; obra el primer milagro, pero por la intercesion de María; está pendiente de la cruz, pero al pié de la cruz está María; resucita de la muerte, pero la primera persona á la cual aparece es María. En suma, en donde está Jesucristo, allí está María. Contémplese á Jesucristo, en su nacimiento, en sus instrucciones, en sus padecimientos, en su muerte, en su resurreccion, en todos los actos con que conquista nuestra salud, siempre le vemos acompañado de María.

Y María no es solamente Madre de la Salud, porque siempre es-

tuvo al lado de Jesucristo, de quien nos viene toda salud, sinó tambien porque juntamente con Jesucristo fué corredentora del género humano. Y así debía ser por una consecuencia muy natural, puesto que si el primer hombre y la primera mujer habian pecado, otro hombre y otra mujer debian borrar la culpa; y si Eva unida á Adán concurren á nuestra ruina, igualmente á la salud nuestra debían concurrir María unida á Jesús. Este argumento, dimanado de la misma razon, pues, un axioma reconocido en la escuela filosófica nos dice, que la causa de la causa lo es tambien de los efectos que ésta produce. Por consiguiente, si Jesucristo es para nosotros el origen de todos los bienes, María puede tambien ser considerada como tal, habiéndonos dado Ella á Jesucristo, origen primitivo de todos los bienes para con nosotros. Piensan y dicen con voz unánime los hombres eminentes, que esto es lo que quiso manifestarnos el mismo Dios cuando mandó un ángel á María. Él no la impuso una orden, sinó le pidió su consentimiento; no le reveló tan solo la parte que debía tomar en la Encarnacion del Verbo, sinó tambien quiso que condescendiese generosamente en tomarla; no quiso darnos la salud como si procediese tan solo de Él, sinó que quiso dárnosla juntamente con Ella.

Empero, esta salud, que habiamos perdido por el pecado de origen, despues de reconquistada, suele perderse de nuevo con los pecados posteriores. Encenagados en el fango, con tantas pasiones como bullen en nuestro corazon, con tantos peligros como por todas partes nos rodean, con tantos enemigos que por mil y mil medios nos empujan al mal, nos precipitamos miserablemente en el lodazal de la culpa. Entónces, privados de los bienes de la gracia, objeto de desdén en presencia de Dios, merecedores de las interminables penas del Infierno, constreñida nuestra voluntad con trabas para nosotros insuperables, lleno el corazon de lascivos deseos, aprisionada el alma con las pesadas cadenas del pecado, nuestra condicion es asáz horrenda y lamentable. Necesitamos, por tanto, de una mano generosa que nos separe del abismo, nos limpie de la lepra que nos corroe, nos cure las heridas cuyo virus nos mata, y nos restituya nuevamente la perdida salud. Pues esta mano benéfica es, precisamente, la mano de María. María, toda piedad, toda solicitud para remediar nuestra tristísima suerte, emprende con maternal diligencia nuestra curacion, y nos presenta arrepentidos á los piés de su Hijo, rogándole que eleve sobre nuestras cabezas la mano de su perdon. Del mismo modo que en los tiempos antiguos se llamaban de refugio algunos lu-

gares, porque bastaba que un delincuente se acogiese á ellos para que no fuese despues molestado, así tambien María es para los pecadores un verdadero asilo, un verdadero refugio, tanto, que acogiéndonos á Ella. seremos sin duda alguna perdonados.

Corría el año 374 de Jesucristo. Una jóven egipcia, que vivía entregada á todo género de liviandades, marchó á Jerusalén para asistir, con otras muchas jóvenes venidas de todo el Oriente, á la solemnidad con que anualmente se celebra en aquella ciudad la Exaltacion de la Santa Cruz. Tan procáz como desenvuelta, no cesaba de incitar con su belleza y libertinas maneras los apetitos carnales de los hombres; no pasaba día sin que se encenagase más y más en el fango de los obscenos deleites. Llegó en tanto el día de la festividad, y habiendo sonado lá señal de la solemne funcion, el pueblo en masa agolpábase en el templo. La libertina quiere penetrar tambien en el sagrado recinto; pero, ya pronta á traspasar los umbrales del mismo, siéntese detenida por invisible mano. Una segunda y una tercera tentativa, en que la desdichada se esfuerza en sobreponerse á la misteriosa fuerza que le cerraba el paso, resultaron tambien infructuosas; y convencida de que le estaba vedado el ingreso en la casa del Señor, retiróse á un ángulo de la plaza, llorando inconsolablemente el castigo impuesto á sus muchos pecados. Mas hé aquí, que en medio de su afliccion divisa sobre el muro, á cuyo arrimo se había retirado, una imágen de María; siente renacer en su alma la confianza, dirige ferviente súplica á la Madre de los pecadores; y entra, primero, en la Iglesia, purifícase despues en el Jordán de la confesion, y retirase á un desierto, donde terminó sus días en austerísima penitencia. Aquella mujer es la misma á quien veneramos en los altares con el nombre de santa María Egipciaca; el patrocinio de María le devolvió la salud del alma, trocándola de pecadora en santa.

Era el siglo decimotercio. Pelegrin Laziosi, educado en el orgullo, en el lujo, en el libertinaje, crecía en años y en maldades. Forli, su ciudad natal, estaba llena de su nombre, nombre que había llegado á hacerse sinónimo de audacia y de pecado. Tan allá llevó el jóven Laziosi la una y el otro, que un día, miéntras Felipe Benizio predicaba la paz, rebelde y sacrilego, le dió una bofetada en el rostro. Perpretada la criminal agresion, siente en su alma el puñal del remordimiento; un afán indefinible de pena, de arrepentimiento, agita y conturba su corazon. Corre presuroso al herido hermano, lo abraza, póstrase á sus piés y le pide perdon. Despues penetra en una iglesia, arrodillase ante una imágen de María, y suplicale de hinojos su ge-

nerosa misericordia. Y la obtuvo, porque la Virgen, apareciéndosele en una vision, le manda que se retire á Sena, y que vista su hábito.

Podría, hermanos míos, recordar innumerables hechos semejantes á estos para demostraros, que de María viene la salud á los pecadores. Las historias, las tradiciones, las crónicas, las memorias, registranlos á centenares, y fácil me sería repetiroslos en gran número. Prefiero, no obstante, pasarlos en silencio, porque con los pocos que referidos quedan, hay suficiente, no solo para nuestro consuelo, si que tambien para nuestra instruccion en este punto. Ejemplos maravillosos de súplicas atendidas, y de almas convertidas desde la enormidad del pecado á la más completa dicha espiritual, bastan á persuadiros de la verdad con que os he dicho, que de María debemos esperar la más bella y preciada salud.

Y no solamente la salud del alma. Vasto y proceloso es, en verdad, el mar de nuestras tribulaciones, y la tierra y los hombres terrenos, y las terrenas cosas son impotentes para conducirnos al puerto de la felicidad. Los unos, derribadas por el granizo las doradas mieses, ven desvanecerse las esperanzas que cifráran en la próxima cosecha; los otros, ven como se escapa de sus manos la fortuna que creían segura; estos, desde la cumbre de los más ansiados honores, precipítanse en la sima del descrédito; aquellos, por inesperado accidente, ven convertido en suplicio lo que constituía su gozo: inquietudes, y pérdidas, y disgustos, y enfermedades, y todo género de calamidades nos rodean por dó quiera. Pues bien; aún en estos casos en que podemos desesperar de todo humano consuelo, aún en estos casos, debemos esperar de María la salud. Ella es siempre piadosa para con sus hijos, y no desatiende jamás las angustias de los que en su patrocinio confían y á su proteccion se recomiendan. Pero, como los razonamientos no bastan á consolar un alma afligida por el dolor, porque á vuelta de cualquier discurso el dolor siempre queda tal dolor, y no cede ni un punto á la conviccion del entendimiento, os presentaré algunos ejemplos de personas, que, atribuladas por todo género de desdichas, se vieron restituidas á la más alegre salud, y las cuales son testimonio elocuentísimo de la verdad que os predico.

María, Madre de la salud en tiempo de pestilencia. Verona, bella ciudad de Italia, fué horriblemente combatida por la peste el año 1575. El azote, propagándose furioso de una en otra plaza, de una en otra calle, de una en otra casa, diezmaba á hombres y mujeres, á niños y ancianos, sin excepcion de sexo ni edad. Sucedia entónces, que algunas almas piadosas, penetradas de que no debía espe-

rarse remedio alguno de la tierra, sinó del Cielo, recurrieron á María. En efecto; apénas habian elevado sus súplicas á esta piadosa Madre de los desconsolados, cuando la enfermedad desapareció repentinamente.

María, Madre de la salud en ocasion de incendios. Aprestábanse los enemigos al asalto de Savona para entregarla al saqueo, y á fin de sembrar el espanto en el ánimo de los ciudadanos, lanzaban desde léjos bombas incendiarias sobre la ciudad. Los sitiados, no pudiendo resistir por más tiempo, y temerosos de verse sepultados entre las ruinas, ó prisioneros, ser trasportados á otros puntos, hufan, abandonando sus propias viviendas. Era de noche, y los fugitivos, que se precipitaban á buscar una salida, acordáronse de María. A María elevaron sus súplicas, á María dirigieron sus votos. Y hé aquí, que, al despuntar el nuevo día, vieron á su ciudad tan bella y florida como lo habia sido siempre. Ninguna de aquellas bombas habia producido el más pequeño incendio; ninguno de aquellos rayos habia causado á las casas el más lijero desperfecto.

María, Madre de la salud en ocasion de terremotos. De un terrible terremoto vióse acometida la ciudad de Forli. La tierra se estremecía en pavorosas contracciones, y caíanse las torres, derrumbábanse los templos, hundíanse con horrisono estrépito casas y edificios. Diríase que la ciudad iba á ser destruida en un instante; diríase que no quedaría en pié cosa ninguna de las que en el día anterior constituían una hermosa ciudad. Pero en Forli era extraordinaria la devocion á María, y María la salvó del abismo en que irremisiblemente iba á ser sepultada.

María, Madre de salud en los naufragios. La emperatriz Matilde, en la guerra que valerosamente sostenia á favor de su hijo Enrique contra Esteban de Blois, se vió obligada á embarcarse en tiempo borrascoso. Bien pronto se desencadenó la tempestad, las crespadas olas rompían contra el buque, el horizonte se cubrió de densas tinieblas, la arboladura y el velámen plegábanse cual frágiles cañas azotadas por furioso viento. Temblaban todos, todos creían segura la muerte entre el torbellino de las bramaderas aguas, cuando la princesa exclamó: Esperemos, amigos míos; la Santísima Virgen nos salvará. Suba uno de los marineros á hacer la guardia, y tan pronto como se descubra la tierra avíseme, que yo cantaré un himno á la Virgen Santísima, y hago voto de erigirle una capilla en la playa misma á donde arribemos. Apénas proferido este voto, cálmanse las olas, despéjanse las nubes, y una lijera brisa empuja el buque á las costas de Normandía.

María, Madre de la salud en tiempo de guerra. En el año 1338, un ejército de Brabantinos invadió el ducado de Elzeldria, llevándolo todo á sangre y fuego. El Duque, aunque exhausto de hombres y dinero para contrarrestar la invasion, no quiso ceder. Tan diligente como valeroso aprestóse á la lucha; pero ántes corrió á prosternarse ante una imágen de María implorando su proteccion, y votándose á sí propio y á sus caballeros como siervos de la Virgen. Terminada la súplica, montó á caballo, desnudó la espada, y se lanzó á la cabeza de cuatrocientas lanzas contra un ejército de cuarenta mil soldados. A la vista del enemigo, sus consejeros, aterrorizados por la enorme desigualdad del número, intentaron disuadirlo de presentar la batalla; pero él respondió: No, un cierto presentimiento me dice, que será mía la victoria. Desplegad mi bandera, y el que quiera pelear á mi lado, sígame. Yo corro al campo en nombre de Dios y de María, de la cual voy acompañado, y á quien recomiendo todas mis cosas. ¡Adelante! ¡Adelante! Así diciendo, cayó al galope sobre el enemigo y lo destrozó completamente. Él venció por el auxilio de María, y en el templo de Nuestra Señora de Nimega depositó, en prueba de gratitud, las armas que habia usado en la batalla, y con las que fué vencedor.

María, Madre de la salud en medio de los mayores peligros. Carlos IV, durante su estancia en Tolosa, andaba continuamente de caza con muchos magnates de su córte en el antiguo bosque de Bouconne. Cierta día, hallándose separado de los suyos y persiguiendo á una fiera con excesivo ardor, se extravió. Encontróse en medio de la enmarañada selva, en la más completa soledad, sin camino alguno conocido, en un monte que rebosaba de osos y otras alimañas. Acercábase en tanto la noche, las tinieblas se hacian cada vez más densas, y negros nubarrones ocultaban las estrellas. En tan espantosa situacion, el príncipe, aterrado, no sabiendo á donde dirigirse, ni como salir de aquel intrincado laberinto, encomendóse á Nuestra Señora de la Esperanza. De repente, un viento suave disipó las nubes, un astro brillante esparcía por el bosque fúlgidos resplandores, y un ancho sendero se abrió á los piés del atribulado Carlos, que se puso inmediatamente en camino, y en breve tiempo se encontró fuera del bosque.

Además de estos, podría, hermanos míos, relataros otros muchos hechos, otros innumerables prodigios, que, claramente, nos presentan á María como Madre de la Salud. Pero renuncio á la empresa de presentarlos á vuestra piadosa consideracion, porque aún limitán-

dome solo á enumerar los más conspicuos, habría de traspasar los límites de este discurso. ¿Cómo relatar las mil y mil veces, que alejó del cuerpo de sus devotos las más pertinaces enfermedades, las mil y mil ocasiones en que despidió del pié de sus altares consolados á los afligidos, gozosos á los atribulados? ¿Cómo enumerar los muchísimos á quienes salvó de la espada, de las borrascas, de los incendios, de los terremotos, y los muchísimos á quienes libró de los peligros y de la muerte en deplorables y tristísimas épocas de guerras, de desastres, de calamidades y de miseria?

Basta echar una ojeada por todo el órbe cristiano para convenirse, de cuán solemnemente la devoción pública ha reconocido á María en todos los tiempos como Madre de la salud; de cuán solemne manera como Madre de la salud la reconoce en la actualidad. ¿Qué otra cosa sinó, atestiguan los santuarios de Nuestra Señora del Pilar y de Monserrat en España, de Nuestra Señora de la Saleta y de Lourdes en Francia, de Santa María del Auxilio en Austria, de Santa María de Steimbak en Baviera, de Santa María de Einsiedeln en Suiza, de Santa María de Cambrou en Bélgica? ¡Oh templos! ¡Oh santuarios! ¡Oh altares! ¡yo os venero desde lejos, desde lejos os saludo! Vosotros sois la prueba más bella, el testimonio más claro, la manifestación más evidente de las mercedes de María; y quien quiera que os visita, quien quiera que os admire, debe reconocer, sin género de duda, que María es verdaderamente Madre de la Salud.

Pero aún hay más, hermanos míos. María es también, en otro concepto, Madre de la Salud, porque abre á sus devotos las puertas del Paraíso. Todos estamos sujetos á la muerte, para todos debe acercarse la última enfermedad, y á esta ley ineludible han de someterse también los devotos de la Virgen, y los que á Ella se encomiendan. Ahora bien; para que desde la tierra podamos subir al Cielo, para pasar de este mundo de tribulaciones al de la eterna felicidad, necesitamos del dón de la perseverancia, porque solo aquellos que han perseverado hasta el fin consiguen la salvación. Este dón, que es gratuito, y que no podemos merecer por nosotros mismos, puede obtenerse por el patrocinio de María, siendo común sentir de los teólogos, que cuantas gracias nos otorga el Señor pasan por las manos de María; y Ella misma ha prometido á aquellos que fielmente la aman y la sirven, el dón de la perseverancia, y, por consiguiente, la gloria en la beatitud inmortal.

Puesto que con algunos ejemplos he procurado demostraros, que María se ostenta como Madre de la salud, tanto en beneficio de aque-

llos que la invocan en sus necesidades espirituales, como en el de aquellos otros que á Ella se encomiendan en sus enfermedades corporales y temporales, permitidme, hermanos míos, que haga otro tanto en esta parte, para probaros claramente el patrocinio de María en obsequio de aquellos, que deben emprender el viaje para la eternidad. De esta suerte quedará perfectamente demostrado por los hechos la tesis de mi discurso; de esta manera no quedará la más leve duda para concluir, que María debe ser reconocida y venerada como Madre de la salud.

Hallábase próximo á espirar el apóstol de Velasco, Francisco de Regis. Una perfecta paz inundaba su alma, tenía amorosamente fija la vista en una imágen de Jesús Crucificado, y devoto de la Virgen desde su más tierna edad, esperaba confiadamente verse socorrido en sus últimos momentos por la maternal protección de María. Llegada la noche, poseyóse de extraordinaria alegría, y vió abrirse los Cielos y aparecersele Jesús y María, invitándole á subir al Paraíso para recibir la corona de la gloria. La celestial visión lo regocijó de tal modo, que no pudiendo refrenar los trasportes del gozo que embargaba su corazón, dirigióse á uno de los hermanos que estaba á su lado, y como si saliese de deliciosísimo éxtasis, le dijo: ¡Ah, queridísimo hermano mío, qué alegría, qué felicidad! Y un momento después, plegados los brazos y con la sonrisa en los labios, fué, por mano de María, transportado á la eterna mansión de los Bienaventurados.

Murió el inclito apóstol de las Indias, Francisco Severio. Próximo á exhalar su último aliento, no cesaba de dirigir á la alta esfera aspiraciones vivísimas y afectuosas; y encomendándose á la celestial Reina con confiado amor, con ilimitada confianza, decíale: ¡Mostradme que sois mi Madre! Y María no abandonó á su fiel siervo, Ella misma se puso á su lado para animarle, tendióle la mano para protegerle, y se le hizo visible para consolarle. Así el moribundo, en sus postrimerias, vió huir á los enemigos infernales que le rodeaban, sintió su alma llena de inusitada alegría, comenzó en esta vida á gozar de la dicha que disfrutaban los Santos en el Paraíso, y acompañado de María se halló, sin darse cuenta de su propia muerte, ciudadano de la inmortal Jerusalén.

Estos hechos deben, hermanos míos, abrir nuestro ánimo á la confianza. Después de una serie de años cuyo número es harto exiguo, después de una serie de días preestablecidos por Dios, también para nosotros llegará el año y el día que serán los últimos de nuestra existencia. Nada, desde ese día, hay de estable en torno nuestro, nada

consolador. Nuestros bienes, nuestros amigos, nuestros títulos, nuestros honores, nuestra casa, nuestra familia nos abandonarán. La ciencia es impotente para salvarnos, los cuidados son superfluos, ineficaces los remedios, inútiles las lágrimas; la hora de la muerte ha sonado, fuerza es sucumbir. ¿De dónde nos vendrá el socorro? No podremos esperararlo ya de la tierra, será preciso buscarlo en el Cielo. Pues bien; alcemos los ojos al Cielo y encontraremos en María, quien podrá asistirnos, ayudarnos, guiarnos en el viaje que vamos á emprender por un mundo desconocido; encontraremos en Ella nuestro consuelo, la Madre de la salud.

Verdad es, que los ejemplos que acabo de presentaros fortalecerán el ánimo de aquellos que han sido buenos, y viven constantemente fieles á la ley del Señor; pero, no creais que María deje de emplear toda su solicitud aún en obsequio de los pecadores. Ella, que por tanto tiempo los ha llamado; Ella, que de tantos cuidados los rodeó durante el tiempo todo de su vida; Ella, que los ha preservado de tantos peligros y con longanimidad tanta los ha atendido, no podrá ménos de sentir por ellos la más grande compasion, al verlos prostrados en el lecho fúnebre de la muerte. Sus entrañas de madre se conmovieron al ver la inminente ruina que los amenaza, y será para ellos madre de piadosa misericordia. ¿Y ¡oh! ¿cuántos, que sin la proteccion de María hubieran muerto en la impenitencia final, le deben á Ella su salvacion?

En vista de todo lo expuesto, ¿vacilaremos aún en ser devotos de esta Madre tan bondadosa como poderosa? ¿Vacilaremos nosotros, que tocamos casi los confines de nuestra vida? nosotros, que nos hallamos siempre al borde de la tumba? nosotros, que de un momento á otro podemos vernos en las puertas de la eternidad? Si S. Pedro Damiano pudo asegurar, que María será nuestra fortaleza, nuestra esperanza, nuestro consuelo, cuando para nosotros doble la lúgubre campana de la agonía; ¿no os parece oportunísimo que, desde este mismo instante, le dirijamos nuestras súplicas, nuestros votos?

Barac, uno de los jueces de Israel, cuando se disponía á marchar contra Sísara, caudillo del ejército enemigo, se acercó á Débora, y le dijo: Si tú vienes conmigo, marcharé á la batalla seguro de conseguir la victoria. Y obtenida respuesta afirmativa, fortificado con la presencia de la ilustre mujer bendecida por Dios, presentó la batalla y venció. ¡Hermanos míos! la última hora del cristiano es tambien formidable, como que es una batalla decisiva contra todos los espíritus del Infierno. Solos no podremos combatir,

abandonados á nuestras propias fuerzas no podemos vencer. Necesitamos, pues, rogar á la verdadera valerosa Débora, á la Mojer verdaderamente bendita de Dios, á la poderosa Virgen María, que nos dé el triunfo en la terrible lucha; y que así como se nos mostró Madre de la Salud en las enfermedades del alma y en las desgracias que nos afligieron en la tierra, Madre de la Salud se nos muestre tambien en el día de nuestra muerte.

Esto esperamos de Vos, Virgen poderosísima; esto os suplicamos con los mayores afectos de nuestro corazón. Vos, que os inclináis siempre benigna á los suspiros de los hombres, escuchad la súplica que, llenos de confianza, os dirijimos para obtener de Dios la vida eterna; Vos, que sois el refugio de los pecadores, asegurad para nosotros en el Cielo, donde sois la Reina, misericordia y perdon; Vos, que sois la Madre de Aquel en quien fueron benditas todas las generaciones, no permitais que nos perdamos en los escollos del presente viaje; Vos, que sois la estrella del mar, guiadnos entre las tinieblas y las borrascas de esta noche, conducidnos al puerto en que debemos descansar, acompañadnos al Paraíso. ¡Oh Madre de la Salud! ayudadnos, porque estamos ciertísimos de que con vuestra ayuda seremos salvos.